

CRÓNICA DE LA LARRA - LARRAU 2006

Hacía ya unos cuantos años que la tenía en el calendario de las posibles marchas a realizar, pero los perfiles de sus puertos no me animaban. Esos porcentajes no son los más adecuados para mis 80 kg. Pero hace tres años, decidí que al menos, tenía que intentarlo. Uno año por esto, otro año por lo otro... hasta que al fin, éste, ha sido posible. Venía de realizar una semana por los Pirineos Centrales, así que por cuestras no iba a ser, aunque tantos kilómetros con el porcentaje de dos dígitos, era un handicap importante. Diré además que era el primer año en mi carrera de globero-élite en que superaba los 7.000 kms en agosto.

El viernes salí rumbo a Isaba, en el Pirineo navarro, con la tranquilidad de estar pre-inscrito y con todo el día para desplazarme. Después de 200 kms de coche, llegamos a Biniés, en el valle de Ansó, y allí junto al castillo (cerrado o propiedad privada) comimos mi mujer, mi hija y yo. Mientras ellas se echaban una pequeña siesta, cogí la bici, y para comprobar que todo funcionaba perfectamente, me hice los 54 kms restantes hasta el camping de Isaba. Pasé por el bello paraje llamado Foz de Biniés, un tramo del río encajado entre las montañas; crucé lateralmente el pueblo de Ansó, con sus típicas casas de piedra, y ascendí el pequeño puerto que enlaza este valle y el de Roncal, apenas 300 metros de desnivel. Después de cruzar el pueblo de los quesos, sólo restaba ir entre llanos y suaves subidas hasta Isaba, y llegar al camping.

Aquí, rodeado de las más verdes montañas, montamos la tienda, nos pusimos guapos, y marchamos hacia el frontón cubierto de Isaba donde tenía que retirar el dorsal. Al pedir el dorsal nº 69 (el asignado por internet) me dejan una nota de Juan Antonio Irizar, ciclolistero que se aloja en Urzainqui, que me había estado esperando para saludarnos pero que había tenido que irse ya. Una lástima. Junto al dorsal y el chip me regalan una sudadera con el anagrama de Larrau, una prenda estupenda para los días más frescos. Espero por allí, mirando si conozco a alguien, pero no veo a nadie. Unas compras, una visita al centro del pueblo, y nos vamos a cenar y dormir.

Llamo a Irizar para decirle que por los pelos no nos hemos visto, y quedamos para el día siguiente. Luego llamé a Francesc Junyent, que quedó en pernoctar en el camping, pero por diversas causas llegó muy tarde y encontró alojamiento en el pueblo.

Excepto por los ladridos insistentes de un perro a las 4 de la mañana, la noche fue apacible, metidos en los sacos de dormir, y soñando con las cuestecillas esas de Larrau...

A las 8 menos cuarto tocan diana. Arriba piernas, ¿qué tal estamos hoy? Bien, parece... Desayuno de campeones, desde mis días en Moraira nunca falta en estas grandes citas unas lonchas de jamón cocido con tostada, y la ceremonia de ropa ciclista + chip en el tobillo + dorsal en el cuadro de la bici. Listo.

Mi mujer y mi hija se quedarán a pasar la mañana y la tarde entre Isaba y Ochagavía, de turismo, no es ésta una prueba fácil para seguirla desde el coche. Quedamos para reencontrarnos en el cruce a 15 kilómetros del final. Besos a las guapas mujeres que me acompañan en todas estas ocasiones, y para calentar piernas, que la mañana es fresquita con sus 12 grados, me recorro los 6 kilómetros desde el camping hasta la línea de salida. Cuesta abajo y respirando naturaleza.

En la salida, la sorpresa es ver tantos ciclistas. El límite de la organización ha sido rebasado espectacularmente y luego me enteré que llegamos a los 1.000 pedaleantes. Ahí es nada. Hay mucho loco suelto. A mi alrededor más cercano, no veo a nadie conocido. En la corta espera hasta ponernos en movimiento, tres dudas me asaltaban: ¿podré con esos enormes porcentajes de la parte francesa? ¿estará la bici en perfecto estado para semejante aventura? ¿habrá solventado Iago Pena sus problemas con el coche averiado y estará entre nosotros?

¡Qué falta de puntualidad! Salimos a las nueve menos cinco, o sea, cinco minutos antes de la hora fijada. Yo salgo de los últimos, para qué vamos a engañarnos, hay que buscar el lugar en el pelotón lo antes posible e ir viendo los maillots de mis futuros acompañantes. Cruzamos el pueblo de Isaba entre el aplauso de los acompañantes (¡eh! ahí están mis chicas) y comenzamos el suave ascenso hasta el rincón de Belagua, un lugar idílico (al menos para las centenares de vacas y ovejas que pastan por allí a sus anchas, incluso en medio de la carretera). En esta transición más o menos tranquila, me alcanza Jesús Benedé, ciclolistero de Zaragoza y mi mejor acompañante este año en otras diversas marchas y que hará la larga como yo. Las penas en compañía son menos, así que el éxito empieza a estar más claro. Él tiene dos Larraus en sus piernas, me dirá a qué me enfrento.

Antes de empezar a subir, llega a mi altura también Antonio González, del CC Hortaleza, que ha visto mi cartelito de la Ciclolista en el cuadro de mi bici. En medio de su afonía, charlamos de todo un poco, del día que nos espera, de la Ciclolista, de ciclolisteros y amigos comunes como José Jiménez... Él hará la corta, no nos veremos mucho. Así es cómo charla que te charla, me encuentro en el comienzo de La Piedra de San Martín, donde pasaremos de los casi 1.000 metros, a los 1.760 del alto.

La subida es cómoda al principio con una vista cada vez más espectacular del valle de Belagua. Adelantando a algunos, me encuentro con Pedro Jiménez, otro maño, que va a hacer la corta y que con su paciencia habitual, enfila el puerto sin problemas. Seguimos subiendo, y antes de las primeras curvas de herradura, adelantamos a un señor con una pierna ortopédica, ¡qué mérito!, y chino chano, al tiki-taka, pasamos el refugio de mitad del alto, contemplando las montañas, los valles, ese pelo casi invisible en que se ha convertido la carretera por la que hace un rato pasábamos amigablemente. Más adelante, alcanzo a un maillot de Arrasate: le pregunto de espaldas si no será Juan Antonio, y me dice bromeando que ya estará bajando hacia Francia. El día es espléndido, se intuye que hará calor, pero de momento se lleva bien. Llegamos al collado de Erice, un descanso, unos falsos llanos, los árboles han cambiado y del verde homogéneo y espeso, hemos pasado a esporádicos pinos, verde intenso, machacados por los vientos fuertes y las nieves. Cruzamos un túnel, la carretera hace una especie de lazo, un giro de 360 grados donde pasamos por encima de nosotros mismos, y contemplando ya los horizontes montañosos franceses, llegamos al alto de la Piedra de San Martín, km. 26, y primer avituallamiento líquido del día. Unos tragos de cocacola, bidón lleno de agua, y para abajo, sin más demora.

Bajada EX-PEC-TA-CU-LAR. Si tienes hipo, te lo quita. Hay mucho que mirar alrededor, pero mejor centrarse en el asfalto, al principio bueno, luego unos kilómetros (bien señalizados por el personal) con baches y curvas malísimas, pero luego vuelve a ser piso bueno, algunas rectas muy rápidas, y todo precioso precioso. Con lo que nos ha costado subir a 1.700 metros y en menos de los que nos cuesta

contarlo, estamos a 300 metros... un poco más y vemos el mar. ¡Qué pasada! Entramos en las calles de Arette, y junto a la gasolinera, avituallamiento líquido y sólido. Paramos. Km. 50.

Aquí reponemos fuerzas a base de Huesitos, frutos secos, pera y plátanos (estos franceses te la ofrecen pelada y troceada, faltaban unos palillos a modo de pinchitos), aquarius y pastelitos varios. Jesús le hace una visita al baño (un buen detalle para las féminas, colocar el avituallamiento junto a la gasolinera), y reanudamos la marcha. Es entonces cuando conozco el único tramo llano de la ruta: la zona previa al ascenso a L'issarbe, por una carretera ancha y perfecta. Algo así como la tranquilidad que precede a la tormenta. Cruce a la izquierda y los metros de altitud, suavemente, van subiendo.

Alcanzamos a una chica en solitario, también mañica, que decía no saber dónde se había metido, pero con muy buenas piernas (en sentido ciclista). En este falso llano se nos coloca detrás, y Jesús me empieza a contar el calvario que nos espera. Yo miro para arriba, y sólo veo montañas, allí no puede saberse por donde narices van a meter una carretera, si no hay valle ni collado... cualquier casa de esas que se ven colgadas de forma imposible entre los árboles, me pregunto si habrá que pasar por allí. La temperatura, encajados entre montañas sin poder circular el aire, es de 30 grados, algo asfixiante. ¡Allí está! El comienzo. El altímetro me indica 11% y en muuuuuuuuicho tiempo, se permitirá pocas veces bajar de ese porcentaje. Los tres primeros kilómetros son mortales. Como la rampa del garaje, esa que tú conoces, pero de tres mil metros de larga...

Jesús y la maña se van, poco a poco, se van, yo no puedo hacer nada, ¡caramba con la mañica, qué bien sube! me quedo a mi suerte, me distraigo hasta con las hojas de los árboles: este ya amarillea por el otoño, este qué verde, este será un castaño... aquello no afloja, qué bárbaro, yo a 6 km/h, tanto bosque no veo otra cosa, ¡un descansito, pofavó!... Así, cuatro kilómetros más tarde, cuando la cosa se pone al 7 ú 8%, aquello parece incluso llano. Recupero el aliento, el ritmo, comienzo a ver los valles de alrededor, las vaquitas pastando ¡qué tranquilas, ellas!, el aire se mueve algo más fresco y bajamos a 24-25 grados, pero el ligero descanso que supone un sólo dígito en el porcentaje comienza a disiparse, ahora se ha quedado clavado en el 9% y no cede, siempre mirando para arriba, buscando esa estación de esquí que dicen es la referencia para la cima... Sí, ahí está, qué pequeña es en medio de la inmensidad del espacio, del horizonte sin límite... Sólo queda un último kilómetro al 6, nada, al 6 tan sólo, y habré coronado esta especie de matachulos. Jope, y dicen que el peor es el Larrau. Aquí arriba, en el col de Issarbe, a 1.460 mts (más de 1.100 de desnivel desde Arette), no hay nada. Empiezo a bajar, con cuidado que la carretera es estrecha, aunque de asfalto aceptable y vistas generosas. Un par de kilómetros y llego al avituallamiento donde me espera Jesús: estamos en el col de Souscousse, donde enlaza con el alto de Soudet por donde venían los de la ruta corta que han evitado el Issarbe.

Como y bebo cuanto puedo. Un chaval de unos 12-13 años se ofrece a sujetarme la bici. Se le ve entusiasmado y aunque le digo que no hace falta, que la dejo en el suelo, insiste y le dejo que la guarde. Los cinco minutos que estuvimos allí avituallándonos, tuvo la paciencia de esperarme con la bici en la mano. La maña había parado menos y se había ido por delante. Reanudamos la bajada, otra vez de las que te quitan el mal de altura, ésta más cerrada entre montañas pero rapidísima, desgastando zapatitas sin talento. Jesús ha empezado a bajar

antes pero yo con mis 80 kilos enseguida le doy alcance. Y ¡qué mala idea! otra vez tenemos que llegar casi al nivel del mar, con lo que nos ha costado llegar arriba, cuando dejo de frenar estamos a sólo 290 metros de altura. Imagino que las llantas a punto de ebullición.

En el plano venía un pueblo llamado Laugibar, pero no recuerdo haberlo pasado. Enfilamos una carretera que pica hacia arriba, junto a un río, buscando el comienzo del coco: el Larrau. Jesús me va contando detalles, pero es lo mismo que si te cuentan una película de miedo y al final sabes que te vas a asustar igual. Allí está, esa es, la rampa donde comienza la prueba definitiva, el temido Larrau. Se cruza el río (que también se llama Larrau, fíjate) y el 10, el 11 y hasta el 12% son compañeros fijos en mi altímetro. Me dicen que hay un descanso en el pueblo: será si llego. El ritmo es cansino, a 6 por hora otra vez, 10 minutos por kilómetro, una eternidad. Qué paciencia hay que tener para no caer en la tentación de poner pie a tierra. Más cuando empiezas a ver gente que sube andando, descalza, bici en mano. Algunas casas ya se ven, y el demonio, en forma de fuente bajo un inmenso árbol, se nos aparece ante nuestra vista. Parada o-bli-ga-to-ria. Ni un paso más sin meter la cabeza bajo el chorro fresco de este agua bendita. Total, el avituallamiento está 500 metros más adelante, nosotros lo hacemos ahora. Allí me tomo mi poción mágica: un sobre de gel de hidratos de carbono y cafeína, eso tiene que hacer milagros, más me vale.

Nos relevamos con otros ciclistas, cuando llegan a la fuente, les hacemos sitio reanudando la marcha y el suplicio. 500 metros de onceporcienes y los llanos del pueblo. Pasamos el avituallamiento citado sin parar, y terminado el pueblo, ¡una bajada!, ¡increíble! de otros 500 metros, ohhhhhhhh, de nuevo a subir. Y ahora viene cuando la matan. En los próximos 8 kilómetros, es como subir el Marie-Blanche dos veces seguidas. Sin más descanso que retorcerse haciendo eses en la carretera, buscando la sombra más adecuada del árbol más hermoso, o mirando a los que se retuercen kilómetros más abajo, unas docenas de curvas más abajo, pobrecitos, a esos les queda más que a mí. Alcanzamos y rebasamos a la chica de Zaragoza que subió con nosotros el Issarbe. Parece que se le empieza a hacer largo esto. Poquito a poquito, que las prisas no son buenas. Al tiki-taka, si llego a traer un sudoku me lo termino. Pierdo la noción de cuántos días llevo subiendo aquello. Jesús, esta vez, va regulando para no dejarme sólo. Dice que no le sobra nada, pero si quisiera, se iría.

¡Un descanso por favor! ¡Una curva generosa de esas casi planas! Nada, las curvas aún son peores, las trazo por el exterior, que si no se levanta la rueda delantera. Y después de docenas, de treces... se ve que todo va a cambiar, una recta y llegamos a un descanso, pero una recta que pasa del 14%... y el descanso al fin, con la cabeza casi ya metida entre el manillar. Allí, en el col de Erroymendi, a 1.350 mts de altura, un pequeño avituallamiento líquido, nada, un vasito de agua por reponer, y seguimos, en esos dos kilómetros falsos, de sólo 2%, con alguna bajada que se agradece (dónde están mis piernas, que no las encuentro), y cuando miro para arriba, ¡horror! el final del Larrau, tres especies de escalones al 11%, si no tengo nada ya para dar, un túnel, allí hay que hacer un túnel que cruce a España...

Afronto los primeros metros y me suena el móvil, Francesc ha llegado y me pregunta cuánto me falta. Al menos estoy vivo y le doy esperanzas de llegar. Otra curva. Se oye a la gente, allí en la cima, animar, reírse, aplaudir. Yo con mis últimas fuerzas, mis últimas pedaladas en suelo francés. Y al fin, que no hay mal que cien años dure, llego arriba, y contemplo, extasiado, el inmenso horizonte coronado de

montañas de los Pirineos, hacia Francia y hacia España. Aunque donde se me van los ojos enseguida es a las rajadas de sandía, que una tras otra, van refrescando mi cuerpo y mi mente. Jesús, que se escapó pasado el descanso de Erroyemendi, me espera y tras una pausa, comienza a bajar. Yo como siempre, le digo que le alcanzaré. Esta vez no será así. No tengo fuerzas ni para bajar.

Comienzo a bajar, me echo agua por la cara para que la velocidad me de sensación de frescor. Cruzo un túnel y la bajada, espectacular, rápida, buenísima, me deja coger los 60 y los 65 por hora sin mayor esfuerzo que frenar en las curvas suaves y abiertas. Cuando salgo de alguna curva en que vuelvo a dar pedales, empiezo a notar problemas en mi pierna derecha. Algún músculo está demasiado tenso, parece que quisiera darme un tirón. Me relajo pedaleando en vacío, suelto la zapatilla del calapié y bailo la pierna en unos ejercicios de relajación. Nada. Esto no va bien. Cuando llego al cruce de Ochagavía, y la carretera se empina hacia arriba, definitivamente, tengo que hacerle algo a esa pierna si quiero continuar. Me siento en la hierba de la cuneta y me magreo la parte del muslo que me duele, (ay, si estuviera mi mujer para darme ese masajito que ella sabe hacerme), y después de unos dos minutos, parece que al menos puedo dar pedales.

El último alto, este de Laza, de sólo 3 kilómetros y a 7% máximo, lo subo con muchísimo cuidado, con el triple, no quiero tener que bajarme de nuevo a masajearme la pierna. Me adelantan varios ciclistas, aunque con caras de pocos amigos también. Y poquito a poquito, pero muy poquito a muy poquito, vamos, como los caracoles, pero los más perezosos de entre los caracoles, llego al alto, veo una furgoneta, alguien que sujeta un botellín de agua para ofrecérmelo... y a mi mujer y mi hija, animando (llevan tres horas por los alrededores esperándome, pobrecillas), se me pasa todo, o casi todo. La pierna parece que funciona.

Me paro a beber, a llenarme el bidón (ahora cuesta abajo, con más peso correré más), y los dos besos que me dan me devuelven las fuerzas definitivamente. Empiezo a bajar. Me quedan sólo 12 kilómetros a meta, en suave bajada al 2 y al 3%. Alcanzo a uno de los que me adelantaron subiendo, empiezo a notar que las piernas se han recuperado, que puedo imprimir fuerza, le adelanto, me adelanta, parece que podemos hacer unos relevos, nos ponemos a 40 km/h, ya voy desatado, sin cadena, pasamos Ustarroz, último pueblo, seguimos volando, junto al río que nos lleva a Isaba, y vemos el pueblo al fin, dejo el plato grande para afrontar los últimos metros cuesta arriba con mejor cadencia, y paso bajo el arco (¿del triunfo?) totalmente exhausto y completamente satisfecho. Jesús me aplaude al llegar, me ha sacado unos cuantos minutos.

He sobrevivido y puedo contarlo. La Larra-Larrau, la larga, y sin hincar la rodilla en ningún puerto. Dignamente, en unos fantásticos (para mí) 8:24, a una media de 17,80 kms/h, y una altitud superior a la QH: 3.630 metros, con 60 kilómetros menos de recorrido. Si le quito las paradas, me da un tiempo de 7:54 a una media de 18,70. Lo primero que le dije a mi mujer al bajarme de la bici: ¡QUÉ PASADA!

Allí en la meta, me esperaba (o desesperaba, no lo sé) Francesc Junyent, que desde que me había llamado había pasado más de una hora, y también encontré descansando a Antonio González, con un poquito más de voz (debe ser la alegría de terminar este reto, que te cura bastantes males). Me dieron el diploma, un plato de macarrones con chorizo, dos vasos de coca-cola... mientras contemplaba cómo llegaban algunos ciclo-valientes. No he sido el último, y muchos ni siquiera

han podido entrar en Isaba sobre la bici.

Sobre las 7 de la tarde, tuvo lugar la entrega de trofeos en la plaza porticada del ayuntamiento. El alcalde y organizador de todo esto, entregaba unos pedruscos a modo de trofeos (por aquello de la PIEDRA de San Martín, digo yo). Por allí encontré al fin a Juan Antonio Irizar, que me presentó a más colegas de la bici, incluida la primera (y única) roncalesa en terminar la prueba. El primero de la larga, para variar, Ivan Santurde, de Ciclos Maestro. Me asombró que el primero de la corta fuera un ciclista, francés, creo, con un ojo parcheado. ¡Qué difícil tiene que ser eso también! Y también hubo un trofeo para el único tandem, y sorteo de quesos de Roncal por dorsales pero que no hubo suerte. Así que me tuve que conformar con comer del que pusieron en unas mesas, acabada la ceremonia, para deguste de ciclistas y acompañantes. Un detallazo.

Me voy muy satisfecho y tremendamente contento, he logrado un reto que pocos tienen, que sabía que pocas veces tendría una oportunidad tan buena como ésta de conseguirlo después de toda la preparación que llevo este año. Ya conozo en mis carnes el Larrau. Ahora todos los demás me parecerán tachuelillas.